

## Mikel. Cuento de Navidad

*Euzko Gaztedi*, 8. zk., 1949-01: 8-14.

La nieve caía lentamente, cubriendo con cachaza, sin prisas de apremio, de blanquísimo manto la tierra aterida de un rincón de EUSKADI...

Las estrellas niegan su luz, el calor se recoge en los hogares y sus moradores se aprestan a gustar con exclusividad de la poesía que aprisiona el marco hogareño, temerosos de que se difumine en el frío ambiente que les rodea...

Igual que en otros de la pequeña aldea, que apretuja sus casas alrededor de la humilde ermita que con dignidad preside aquel blanco escenario, un caserón al borde del camino vecinal que une a la próxima aldea de IRUBIDE, deja traslucir de sus amplias ventanas la alegría de una luz. Es el hogar de Jon, "el herrero". Aunque para cubrir las necesidades del poblado se ha instalado recientemente otra herrería, sigue siendo la de Jon para todos los vecinos, aún para otros muchos de las villas vecinos, el herrero por antonomasia. No en balde generaciones que se pierden en el tiempo y en el recuerdo han cimentado con prestigio la fama que rodea a las herraduras que fabrican en "Garro".

En la amplia cocina todos parecen aprestarse felices a celebrar la cena de Nochebuena, que casi reviste los caracteres de un rito en la familia vasca. Jon ayuda a su esposa en su afanoso trajín de preparar una sabrosa donde no puede faltar el besugo fresco que llegó de DONOSTIA a media mañana, ni los "asa-olio", unidos a la tradicional cena como a las Pascuas de abril el cordero y el chorizo a Santo Tomás. Cinco robustos niños se afanan, por su lado, en entorpecer los movimientos de sus padres, ora jugando al infantil "txurrunburruka", ahora al entretenido de "gorde-gordoka"....

– Joseba! .... Deja en paz a la abuelita!.....

Ah!, pero ahí está la abuelita en un ángulo, el más discreto, de la cocina, con sonrisa triste, que quiere ser de dispensa para el niño que tata de esconderse tras su amplia falda y de reconversión al hijo que increpa con dureza a su nietecito de cinco años....

Jon no insiste, aunque el niño no abandona el escondite. Mira por un momento los ojos abiertos, pero sin luz, de su madre y se acongoja pensando en su tristeza, renovada con mayor intensidad cada vez que celebran esta fecha.

– Ama, no tienes frío, tan lejos de la lumbre?....

– No, hijo, ... estoy bien aquí...

Y la anciana sigue su ininterrumpido trabajo de desmadejar el ovillo de sus pensamientos para volver a enrollarlo y volver una vez más... hasta que se rompa ese hilo de vida pasada que es todo su presente... Y si no tuviera los nietecitos y si careciera de apoyo... Recientemente vino a visitarle una de sus antiguas amigas, la resignada Joxepa, que tuvo que refugiarse su vejez y su cansancio en el asilo del pueblo. Ella tuvo la suerte de conservar su vista, pero la desgracia de perder su único hijo y le contó con lágrimas que la ciega adivinaba en sus sollozos, la tristeza y el frío de la casa que era común y único

patrimonio, a muchas desamparadas. Ella tuvo más suerte..., pero ese ovillo que tenía que desmadejar también siempre, todos los días y... hoy...

\* \* \*

La mesa está dispuesta. La preside "amona" muy dignamente. Ella inicia el acostumbrado rezo que precede a todas las comidas y aún los niños han dejado su bulliciosa conversación para responder, aún el más pequeño con su lengua de trapo, la segunda parte de las oraciones en su lengua, casi tan vieja como la tierra que pisan...

Sobre el limpio mantel, blanco como la nieve que se ve caer tras los cristales de la ventana, humea la fuente de coles tiernas y blancas, en el centro de una fila de platos que señalan el número de comensales más uno... Es deseo expreso de la anciana desde hace muchos años, que su hijo respeta, como respeta todo lo que la anciana madre atesora de tradición, de nobleza y de creencias... que insensiblemente van siendo suyas también.

TAN, TAN!...

Se escuchan unos golpes quedos dados en la puerta y la anciana interrumpe brevemente la oración iniciada, para continuarla en tono más bajo y un poco tembloroso... Es costumbre no interrumpirla y sólo una vez terminada la oración se atenderá a la llamada.

- "Agur María..."

TAN! TAN!

- Jon -dice interrumpiendo de nuevo su oración y dirigiéndose a su hijo- hoy hace mucho frío y debes atender al que nos visita; para continuarla esperaremos tu regreso...

Jon se dirige a la puerta y su esposa ve deslizarse una lágrima de los ojos límpidos y sin luz de la anciana...

- Amona! -empieza a preguntar Joseba, percibiendo también el brillante que ha quedado colgando de la rugosa mejilla de la anciana...

- Chist! -le interrumpe su madre, acompañando el gesto de llevarse el dedo a los labios, en ademán de pedir silencio.

Joseba mira con sus grandes ojos y sin malicia a su madre...

Jon regresa un poco mohíno toma asiento.

- ¿Quién era? -pregunta su madre con desaliento.

- Un mendigo...

- ¿Por qué no le hiciste pasar, aquí sobra un cubierto.

- El no solicitó sino una limosna, ni yo pensé sino en socorrerle con una moneda; pero si quieres...

- Sí, llámale, es una obra de caridad que Jaungoikoa premia siempre...

Jon abandona con presteza su asiento y la anciana continua, con una alegría que deja traslucir su semblante, triste poco antes.

- Corresponder satisfaciendo una solicitud no es meritorio; sólo aquello que se brinda es grato a los ojos de Jaungoikoa... ¿Me escuchas Miren?...

- Sí, ama -responde un poco emocionada- tienes razón... -y mirando a las cinco caritas que se mantienen con seriedad les sonrío complacida pensando que por aquellos

grandes e inocentes ojos entra la luz de la caridad y de la bondad que más tarde serán el sostén de su moral.

Jon regresa con el mendigo... Es un anciano no muy alto, pero espigado a pesar de la edad que se adivina en la plata que ha quedado al descubierto al despojarse respetuosamente de su boina, también cubierta de transitorio blanco que ya pronto perderá color al calor del hogar. Completamente rasurado y limpio de ropa, más bien parece un plácido "baserritar" que un mendigo. El frío ha restado color a su curtida cara y sus labios se han vestido levemente de morado, pero sus ojillos guardan un brillo que parecen agradecer mudos la sonriente atención que se le dispensa. Trae a cuestas un saco, seguramente con toda su impedimenta, que Jon coloca cerca de la puerta.

– Acérquese al fuego, "aitona", y descálcese... Miren, tráele unas alpargatas mías, que tiene los pies completamente mojados...

El anciano avanza con paso vacilante y un poco encandilado por la abundante luz de la cocina...

– Gabon –acierta a decir, por fin, tembloroso.

La anciana hizo un rápido ademán de levantarse en un gesto que no pasó desapercibido a Jon, pero volvió a sentarse para contestar...

– Bai zuri ere –que como eco fué repetido por los pequeños, un poco asustados.

Durante la cena y para no molestar al azorado anciano, habló el matrimonio de mil pequeñeces de la aldea, sin que ni una sola vez les interrumpiera la abuela.

El mendigo era la constante preocupación de los niños, y hasta Iñaki soltó una carcajada viendo que, temblándole la mano, dejó caer un trozo de besugo sobre su camisa. Joseba le hizo callar de un codazo y una mirada de reconvención que fué instintivamente a la severa de su padre.

\* \* \*

Los niños fueron acostados y ya no quedaban en la cocina, al amor de la lumbre, sino el matrimonio y los dos ancianos. El mendigo ha recobrado ánimo y secunda ya la conversación de Jon y Miren con vivacidad, feliz de tener un hogar en nochebuena y sentir el agradable calor que reanima su cuerpo aterido poco antes.

Jon invita cariñosamente a su madre a que descanse del trajín desacostumbrado, pero afirma firmemente su deseo de quedarse un rato más. Ella atiza el fuego y lo alimenta, acertando instintivamente el lugar donde hace falta una leña ó removiendo aquella parte que parece apagarse.

– Y a dónde se dirige ahora?...

– Mikel, para servirle...

La anciana vuelve a impresionarse visiblemente y se endereza un poco en su silla de mimbre.

– Perdonen Vds. que ni siquiera me haya presentado –prosiguió el anciano– pero me ha sorprendido tanto vuestra acogida y estaba tan abstraído gozando de todo esto...

– No tiene que molestarse agradeciéndonos –le interrumpe Jon caritativo.

– Tengo que hacerlo, porque me ha impresionado mucho esta primera Nochebuena que paso en mi tierra...

– Me pareció que Vd. no era un mendigo ordinario..., su ropa, sus modales... y, ¡sabe!, son muy pocos los mendigos vascos...

– Yo llegué de América hace tres meses...

– ¿De Argentina? –interrumpe nuevamente la anciana sobresaltándose otra vez y con un temblor que asusta a Jon.

– No, señora, vengo de California, del norte...

– Ama, debes acostarte... ¿No te parece?

– No te preocupes, hijo mío; me encuentro muy bien...

– Pero debes estar cansada...

– Mi cansancio es de los que no se alivian en el lecho, Jon ..., me gustaría escuchar la historia de ... Mikel..., si no está demasiado cansado para complacer a una anciana.

– Mi historia, etxekoandre, acaso no le interesa. Está tejida de más hilos tristes que risueños. No quisiera ensombrecer esta Nochebuena contándoles mis desventuras. Jaungoikoa me dejó de la mano hace algún tiempo.

– ¡Chist! ... No hable así, buen hombre... –prosigue la anciana– y le reitero mis deseos de escuchar el relato de sus ... desventuras, como Vd. dice, siempre que no sea por considerarse obligado a hacerlo por cortesía ó simplemente por agradecimiento y le resulte penoso hacerlo...

– Si puede servir para complacerles lo haré muy gustoso, pero de mi vida sólo podré contarles la parte que conozco, porque... hay otra que para mí es un vacío... que no sé si llegaré a llenar un día.

– No le entiendo –interviene Jon interesado, interrumpiendo por un momento su distraída tarea de llenar de tabaco una enorme pipa con el sosiego que dedica a todos sus quehaceres–... Miren... sírvenos un poco más de café, ¿quieres?...

– Es fácil –prosigue el anciano. Aunque les parezca absurdo, tengo la sensación cabal de haber nacido hace menos de treinta años...

– ¿Treinta? –repite incrédulo Jon, cambiando una tímida mirada de inteligencia con Miren, que en este momento le entrega una taza humeante.

– Comprendo su extrañeza y es lógica su primera suposición... Puedo ser un loco... y a veces desearía estarlo realmente...

– Jesús, María y José!... –dice santiguándose la anciana– no tiene a Dios, señor...

– Perdone, señora..., pero le advertí que acaso mi relato le resultaría penoso y me dolería que por mi causa...

– Prosiga, por favor, no tenga en cuenta mi observación...

– Pues... yo desperté a la vida hace aproximadamente treinta años, el día de Reyes, en el hospital de un pueblecito en California. Nunca olvidaré la cara de extrañeza de los compañeros que rodeaban mi cama, cuando en mi lengua, que ellos no entendían, hacía esfuerzos por preguntarles dónde estaba y lo que hacían...

Se armó un revuelo que me asustó y no tardaron en aparecer dos hermanas de la caridad y hablándome en inglés, que yo no entendía entonces a pesar de haberlo hablado, según me dijeron, durante mi reclusión, trataron de calmarme, haciéndome señas de que algo me caía sobre la cabeza. Les hacía gracia mi preocupado gesto de mirar al techo tratando de explicarme el suyo. Aquella actitud se aclaró poco después y lo único que las hermanas quisieron explicarme fué que recuperé la razón al caer de una escalera cuando

estaba ocupado en desmontar algo que se colocó sobre el pino con ocasión de la fiesta de San Nicolás.

– Y cómo llegó Vd. a ese hospital?... –interviene interesada la anciana.

– A los tres días me fué presentado un señor a quien hicieron venir e un apartado lugar del estado. Yo me daba cuenta de la expectativa que reinaba entre los que tan solícitamente me atendían cuando le introdujeron en la habitación, de la que no quise salir en la confusión de los primeros días. El vino a abrazarse con efusión, llamándome Mikel, como me han llamado después.

Yo me sentí confuso en los primeros instantes, pero se me abrió el cielo de par en par al escucharle hablar de forma que le entendía. Aquel encuentro me produjo una impresión..., es extraño, pero parecida a la que experimenté al entra aquí esta noche...

– ¿Qué sensación? –le interrumpe, agitada, la anciana.

– No podría explicarlo...

– Es él, es él –grita de pronto la anciana levantándose bruscamente para quedar en los brazos de Jon desmayada.

Jon y Miren le atendían a su madre mientras que el mendigo no acertaba en su confusión sino a balbucir excusas...

– Se ha desmayado –dice Jon dirigiéndose al anciano, y como viera que éste se dispone a recoger su saco para marcharse, entre frases incoherentes de agradecimiento y de excusa, añade: –quédese, por favor, buen hombre, quisiera hablarle...

El anciano queda solo frente a la lumbre, apesadumbrado y confuso, haciéndose mil conjeturas sobre las causas que pueden haber impresionado tan hondamente a la "etxekoandre"... y tratando de explicarse las suyas propias...

– El él, es él –oye repetir a la anciana cuando Jon entra de nuevo a la cocina.

– Quisiera oír yo la continuación de su historia, Mikel. Por una rara coincidencia, mi madre ha creído encontrar en su voz alguna semejanza con la de mi difunto padre (q.e.p.d.), coincide su nombre y poco hace falta a mi madre para hilvanar en la terrible oscuridad de su ceguera una historia que justifique su razón de existir... Dice que no morirá hasta tanto vuelva su esposo a cerrarle los ojos y le dé a besar la medalla que ella le regaló a su regreso de Lourdes, poco después de su matrimonio... Debe excusarla y comprender toda la tragedia que encierra su triste vida.

– Quien debe presentar excusas soy yo...

– Se ha dormido –dice Miren entrando a la cocina.

– Y... –prosigue Jon curioso– ¿quién era el visitante de aquella ocasión que tanto impresionó a Vd.?...

– Se presentó como Txomin Antzola. El me llevó a su alegre casita de campo, donde vivía con un hermano, dedicados al pastoreo. Allí me atendió durante mi convalecencia y me asoció más tarde a su negocio.

De lo que él me contó supe que en una de sus visitas a San Francisco, le tocó presenciar en el muelle un accidente. Una de las grúas dejó caer sobre un grupo de gente un pesado bulto. Acudió por curiosidad al círculo que rodó a los accidentados y le sorprendieron mis ropas: mi blusa negra, mi boina... ¡no podía ser sino un vasco!...

El averiguó el nombre del hospital donde nos condujeron, llegó a cerciorarse de que lo era y me tendió su mano...

– El fué –añadió con sentimiento– el que me izo conducir al hospital donde volví a la razón, perdida a consecuencia del accidente, el que me visitó con regularidad durante todo este tiempo y atendió a todos mis gastos. Su muerte –terminó el anciano con entrecortados sollozos que hicieron verter unas lágrimas a Miren y carraspear fuertemente a Jon– me proporcionó el mayor dolor de mi vida...

– Y al recobrar su memoria, volvió a relacionarse con sus parientes, recordó todo su pasado!...

– Al principio les dije que todo comenzó de nuevo y no he exagerado. Nada del pasado me era familiar, nada recordaba, ni a él le reconocí, después de hacerle tratado durante esos tres años en sus frecuentes visitas, ni siquiera a mis compañeros de hospitalización... ¡Nada!... Sólo mi lengua quedó como algo material pegado a mí y con el tiempo hubo algunas actividades que me llamaron la atención más que otras, me incliné por algunos trabajos por instinto y me sorprendió habituarme a algunas tareas con singular presteza, como si toda mi vida las hubiera hecho. Eso quedó de mi pasado: hábitos, sentimientos, habilidad manual para algunos quehaceres...

– Recuerdo –añade con una triste sonrisa Mikel– que Txomin me dijo un día, estando reparando la cadena que sujetaba a "Txuri", el perro que guardaba la casa: "tú eras herrero, Mikel"... y acaso tuviera razón, ... ¡quién sabe!...

– Es curioso! –le interrumpió Miren sobresaltada...

– ¡....!

– Sí, –continuó Jon– mi padre era también herrero..., pero no deja de ser una coincidencia más... –mirándole fijamente a los ojos del anciano, tratando de convencerse... –Mira a ver, Miren, cómo se encuentra la madre.

El anciano no acertaba a ver claro en todas aquellas coincidencias y en aquellas actitudes de Jon... Ellos debían tener noticias ciertas del fallecimiento de su padre, porque en ese tono parece haberse expresado antes... –Tuvieron noticias ciertas de su muerte!? –se atreve a preguntar por fin, después de haber ensayado para sí mismo algunos tonos que no repitió, porque la voz sonó ronca y ansiosa.

– Sí... Y Vd., ¿no pudo identificarse?... ¿Txomin no se hizo con su equipaje?...

– No se me ocurrió hasta más tarde, –prosiguió su relato Mikel– preguntarle si había recogido mis cosas. "No he querido, me dijo Txomin, hablarte de esto hasta que tú estuvieras lo suficientemente restablecido, porque, desgraciadamente, no pude averiguar el lugar donde se había depositado tu equipaje y en él debía tener tú tus papales. Sólo –y me sacó una pequeña cartera e su baúl–encontré en unos de los bolsillos de tu blusa esta cartera y su contenido no podrá darte más luz sobre tu identidad... Efectivamente, no había sino unas monedas y un papelito arrugado que no decía sino esto: "Mikel: las señas del Hotel son las siguientes..." y aquí la dirección de hotel donde paraban los vascos inmigrantes habitualmente. Según me dijo Txomin, fué inmediatamente al Hotel, pero nada sabían. Seguramente que alguno de mis amigos me dejó esta nota ó me la envió por carta...

Con Txomin permanecí, como le dije ya, durante muchos años. Eramos dueños de una hermosa hacienda y dos mil cabezas de ganado. Nos levantábamos temprano, las muchas tareas que nos correspondían nos ocupaban hasta altas horas de la noche, pero la hacienda prosperaba y hacíamos frecuentemente planes de regresar a nuestra tierra... sin

ocurrírsenos jamás que pudiéramos quedar definitivamente en aquellas tierras... ¡pobre Txomin!... ni que regresaríamos como yo lo he hecho...

Sin embargo, lo que fué floreciente hacienda, quedó reducida a los dos años de la muerte de Txomin a una miseria... Primero una epidemia que diezmó el ganado, una operación desgraciada después... Cansado del revés se me despertó el deseo de regresar a EUSKADI y con la parte que me correspondió después de partir con el hermano de Txomin, que tuvo el tesón de establecerse en las cercanías, logré justamente el pasaje e regreso...

Esta es mi historia. Todo me es extraño aquí, menos la lengua. Hubiera podido quedarme a trabajar en cualquier lugar, he tenido ocasión de hacerlo, pero tengo instintivamente el deseo de recorrerlo con la vaga esperanza de que algo me despierte recuerdos que... –no pudo proseguir el anciano, restregó sus ojos y los volvió de nuevo a los inquisidores de Jon, que no acertaba a hablar en sus cavilaciones.

– Oiga, Mikel – rompió por fin, haciendo un esfuerzo–, ¿en qué año le recogió Txomin?...

– Pues verá... Yo permanecí tres años en el Hospital; veinticinco... –dijo haciendo memoria–... sí, veinticinco con Txomin y hace tres años que murió...

– Hace treinta y un años... ¡Miren, Miren!...

– ¿Qué quieres, Jon?...

– ¿Cómo está la madre?...

– Está dormida ahora. Se despertó un poco sobresaltada, pero ha vuelto a quedarse tranquila...

– Esperanos un momento, que regresamos en seguida... ¿Quiere acompañarme? –dice dirigiéndose al anciano, que no acierta a comprender la súbita determinación de Jon... Le acompaña por un oscuro pasillo y abriendo una puerta situada al fondo enciende la luz le introduce con alguna brusquedad en la herrería, mirando ansiosamente la reacción del anciano...

Este observa con extrañeza el fogón, el montón de herraduras viejas en un rincón, un pequeño depósito de agua rojiza a un lado de la fragua, el fuelle de mano, el sólido andamiaje de herraje, el lecho de los animales que esperan turno...

– Siempre me he figurado así una herrería de mi país... –dice sin más Mikel.

– ¿Nada le es familiar?... –responde Jon, hasta con un tono duro, decepcionado.

– En realidad... ¡nada!... –y ahora se esfuerza Mikel en ver en cada cosa, en cada objeto, en cada rincón, algo que despierte su memoria... ¡Sería tan bueno y tan hermoso tener una familia, un hogar, unos hijos... ¡Nada, nada!... Le salen unas lágrimas que abren un surco ardiente en sus mejillas y sin cuidarse de enjuagarlas mira a Jon... También sus ojos están húmedos. Aquellos ojos acostumbrados a mirar sin pestañear el rojo del hierro candente no tiene fuerzas para sostener la mirada triste y desesperada del anciano...

– Jon, Jon!...

Es Miren la que llama. Acude presuroso a la llamada y el anciano queda un momento más sin poder apartar la mirada de los objetos de la vieja herrería...

– Mikel!...

Es Jon el que llama. Ambos regresan a la cocina...

– Mi madre está muy excitada y no quiere hablarle... Acaso de su actitud dependa ahora su salud... No le proporcione el disgusto de una decepción tan grande...

Aún no le he contado la historia de mi padre... la que conocemos, también... Esto le hará ver más clara la actitud de mi madre y la mía. Mis padres tuvieron cinco hijos, de los que yo fui el menor. Mis cuatro hermanos murieron a consecuencia de una ola de tifus en un mes de plazo y a consecuencia de los disgustos y alguna complicación en la delicada vista de mi madre, ésta quedó ciega cuando sólo contaba yo siete meses. Mi padre debió sufrir una perturbación mental y por aquella época abandonó EUSKADI con el propósito, según confesó a unos amigos, de ir a Argentina, hacer dinero y traer lo suficiente para curar a mi madre, haciendo intervenir a un doctor extranjero... Un tío mío se hizo cargo e la herrería y me enseñó el oficio de la familia. Nada más hemos vuelto a saber con certeza, aún cuando en dos ocasiones nos han dado referencias muy verosímiles, ambas coincidentes en su muerte...

Mi madre cree, no obstante, que regresará para cerrarle los ojos. Esta es la historia..., Vd. comprenderá...

– Y qué actitud debo guardar frente a su madre?... –dijo Mikel temeroso de no haber comprendido bien la intención de Jon.

– Hágalo como si hubiera regresad al hogar; por esta noche, por ser noche de Navidad... –terminó Jon levantándose para ocultar su emoción y haciendo además de que le siguiera...

\* \* \*

El viejo Mikel vive en "Garro" muy feliz desde entonces. La vieja amona ha recobrado su alegría y los niños tienen quien les cuente cuentos muy bonitos... Nunca se sabrá quién es el anciano que una noche de Navidad se acercó a la puerta de Jon, el herrero... pero los niños tienen un abuelo; la ancana tiene quien le cierre los ojos cuando muera y esto le proporciona fuerzas para vivir... Jon y Miren tienen un padre...

Si Mikel y Jon hubieran procedido de igual forma en una noche que no fuera la de Navidad, acaso se hubieran separado para siempre. La Nochebuena les unió para siempre en vida... Milagro de Navidad...

Desgraciado y digno de lástima el hogar sin lumbre y sin calor de corazones en noche de Navidad!...

*Erritar* [Martin Ugalde]